

# DIÁLOGOS

SOBRE LA RELACIÓN  
ENTRE ARQUEOLOGÍA,  
ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Joshua D. Englehardt  
Verenice Y. Heredia Espinoza  
Editores



EL COLEGIO DE MICHOCÁN

## ÍNDICE

Agradecimientos	9
Prólogo	11
<i>Blanca E. Maldonado Álvarez</i>	
Introducción. Reflexiones acerca de la arqueología en México y una propuesta de cambio	
<i>Verenice Y. Heredia Espinoza y Joshua D. Englehardt</i>	17
1. La enseñanza de la licenciatura en Arqueología de la Universidad Veracruzana. Una perspectiva estudiantil	
<i>Ma. Alejandra Higuera Cossío</i>	47
2. La “hija pródiga”. La ciencia arqueológica como historia en México	
<i>Erick G. Rizo</i>	73
3. ¿Arqueología como antropología o como historia? El caso de la arqueología española	
<i>Soledad Ortíz Gil</i>	99
4. Relaciones entre antropología y arqueología en Chile	
<i>Ignacio Álamos Cardemil</i>	123
5. Arqueología e historia. Algunas reflexiones sobre el diálogo interdisciplinario	
<i>Ana Paula Stocker</i>	153

6. En las manos de los dioses. Etnoarqueología de la ritualidad maya: entre arqueología, antropología e historia <i>María Jesús Novelo Pérez</i>	175
7. Construyendo una historia reciente de la arqueología mexicana. Historia cultural e historia de la ciencia <i>Brenda Elizabeth González Leos</i>	201
Conclusiones. Una reflexión desde fuera de la arqueología, la antropología, y la historia <i>Sara Barrasa García</i>	229
Epílogo. Arqueología de la súper-modernidad: Una forma alterna en el estudio del comportamiento humano <i>Rafael Cobos</i>	249
Índice de figuras	263
Índice de cuadros y tabla	265
Índice onomástico	267

INTRODUCCIÓN  
REFLEXIONES ACERCA DE LA ARQUEOLOGÍA EN MÉXICO  
Y UNA PROPUESTA DE CAMBIO

Verenice Y. Heredia Espinoza  
*Centro de Estudios Arqueológicos-El Colegio de Michoacán*  
Joshua D. Englehardt  
*Centro de Estudios Arqueológicos-El Colegio de Michoacán*

Ante la diversidad de opiniones y la tolerancia teórica... las nuevas generaciones de arqueólogos han optado por un eclecticismo, que intenta ser práctico y resulta todo lo contrario, resultado obviamente de la ignorancia resuelta de los principios fundamentales de cualquier teoría en general. Las necesidades burocráticas e ideológicas del proyecto nacional han colaborado en esta satanización de la reflexión teórica en la arqueología nacional al demandar más tecnócratas y menos críticos del sistema, en donde la única opción real de trabajo para muchos han sido los proyectos de salvamento y registro arqueológico.

Acosta Ochoa (2011: 12)

Hace ya casi veinte años, Vázquez León (1996) hizo una crítica fuerte al quehacer arqueológico en México. Este llamado de atención, aplaudido, criticado y cuestionado, causó gran impacto entre la comunidad arqueológica del país, así como en el extranjero (Martínez Navarrete 1999; Santamarina Campos 2006). A pesar de la publicación de *El Leviatán Arqueológico*, la arqueología mexicana en general ha seguido su camino descriptivo y enfocado en edificios, en los artefactos completos y, en menor grado, en los artefactos fragmentados. La teoría antropológica y arqueológica sigue brillando por su ausencia y las “explicaciones” se limitan a largas, aburridas descripciones simplistas de materiales y contextos arqueológicos influenciadas por la tradición histórico-materialista que ha dominado el estudio y la práctica de la arqueología en

México (Acosta Ochoa 2011; Gándara *et al.* 1985; Trigger 1990).<sup>1</sup> En algunos casos se intenta ligar los datos a sucesos descritos en los documentos etnohistóricos o a una analogía directa etnográfica que, sin evaluación, se utiliza para explicar el pasado —una metodología problemática, así como teóricamente peligrosa (*cf.* Fahlander 2004)—. Esto con el fin de “hacer comparativo o teórico” el trabajo arqueológico e introducir a los “agentes” al registro arqueológico estático, por lo que el uso de la arqueología como herramienta para explicar el pasado se reduce a un mero accesorio teórico metodológico para acomodar los datos materiales de una narrativa histórica predeterminada, convirtiendo la disciplina en la “sierva de la historia” (*cf.* Fernández Cacho y García Sanjuán 1993; Funari 1997). Asimismo, se introducen nuevos términos como señal de un cambio paradigmático y para demostrar que se está en boga con la teoría actual de las ciencias sociales. Sin embargo, el uso de nuevos términos, técnicas o posiciones teóricas, a menudo carece de visión crítica, evaluación y justificación y, por tanto, su poder explicativo o su utilidad más amplia son bajos (*cf.* Sokol y Bricmont 1999).

Frente a esta lamentable situación histórica y actual en la que sigue estando la arqueología en nuestro país, consideramos trascendente hacer una reflexión acerca de las limitaciones de una arqueología sin antropología, la arqueología mexicana, y sus tendencias actuales. Tal reflexión crítica sobre las relaciones entre arqueología, antropología e historia es el principal objetivo de este volumen. Así pues, en vez de reunir un conjunto de ensayos escritos por colegas, académicos y profesionales renombrados, la intención de este volumen es dar un espacio a alumnos y jóvenes profesionales para que reflexionen críticamente acerca de estos temas tan problemáticos, ya que serán la próxima generación de arqueólogos que influenciarán y darán forma a nuestra disciplina.

Siguiendo con esta perspectiva holística, en esta introducción escurriñamos desde nuestra perspectiva y experiencia la actual situación de la arqueología en México. Hacemos este ejercicio desde nuestra trinchera como profesores de arqueología y antropología y como investigadores en diversos

1. Como un ejemplo de tal explicación ingenua, consideramos el aún no totalmente descartado concepto de *cultura madre* olmeca (Covarrubias 1944; *cf.* Flannery y Marcus 2000), modelo que se basa en el pensamiento marxista de Childe (1929, 1942) y para el que se ofrece como “explicación” la mera difusión de rasgos y cultura material desde los olmecas a lo largo de Mesoamérica y su historia.

lugares del territorio nacional. Cabe mencionar que nuestra perspectiva, no se desprende de opiniones, sino de una ya bien establecida caracterización del trabajo arqueológico en México (véase, por ejemplo, Gándara 1992, 1994; Vázquez León 1996). Asimismo, aclaramos que esta caracterización no incluye a todos los arqueólogos en México y que las tendencias que aquí describimos son las más prevalentes o evidentes.

## LOS FINES DE LA ARQUEOLOGÍA

Dada la débil e incierta posición que ocupa la arqueología mexicana hoy en día, consideramos pertinente empezar poniendo atención a la naturaleza y a los objetivos de la disciplina. En México, en la arqueología no se han considerado estas cuestiones a conciencia, dado que, como señala Vázquez León (1996), las metas de la disciplina siempre han sido pre-ordenadas, para prestar servicio a una historia “oficial” y a un “proyecto nacional” (Acosta Ochoa 2011: 12; *cf.* Gándara 1992). En consecuencia, la arqueología se ha considerado, según un colega antropólogo social, como nada más que una “técnica,” subordinada a la antropología o a la historia. En otras palabras, apropiándonos de una frase de Clarke (1973), la arqueología mexicana nunca ha perdido su inocencia.

En cambio, en otros países –sobre todo en Estados Unidos– existe actualmente un fuerte debate teórico acerca de la naturaleza y los fines de la arqueología que pone en el centro de la discusión el estatus de la arqueología como parte –o no– de la disciplina más amplia de la antropología.<sup>2</sup> El famoso axioma de Phillips (1955: 246-247)<sup>3</sup> de la asociación de la arqueología con la antropología fue promovida por los procesualistas (Binford 1962, entre otros; *cf.* Gándara 1981), precisamente para proponer una arqueología científica y

2. Debemos aclarar que los que escribimos este capítulo introductorio recibimos una educación similar en lo que se refiere al estudio arqueo-antropológico. Ambos obtuvimos un doctorado en Antropología con una especialidad en arqueología, lo que nos convierte en antropólogos en su más amplia acepción. Por tanto, utilizamos el término *antropología* en el sentido boasiano común en Estados Unidos, es decir, para referirnos a la disciplina que abarca, no sólo a la antropología sociocultural, sino también a la antropología lingüística, la antropología física y, por supuesto, la arqueología. En este sentido, no hay equivalencia entre el término *antropología* y el de la (sub-)disciplina *antropología sociocultural* (*cf.* Smith 2001b, 2011c).
3. “La arqueología es antropología o es nada.”

alejarse a la disciplina de explicaciones histórico culturales y metodologías de historia directa que la caracterizaban en su infancia, en particular en Europa (Gosden 1999; Trigger 1990; *cf.* Ortiz Gil, en este volumen). No obstante, muchos arqueólogos reaccionaron ante las limitantes del procesualismo (*v.gr.*, la de la teoría de sistemas y la ausencia de la agencia humana en las explicaciones), posiblemente influenciadas por la crítica posmoderna que sostiene que la arqueología es sólo capaz de evaluaciones altamente subjetivas sin mecanismos para distinguir entre hipótesis alternas (Dark 1992; Hodder y Hutson 2003; Shanks y Tilley 1988). Este debate interno de la arqueología se asemeja a las discusiones más amplias acerca de su estatus de “ciencia” y su relación con la antropología, así como con las ciencias sociales en general (*cf.* Smith *et al.* 2012; Wallerstein 2003).

En México, a la antropología y la arqueología se les considera disciplinas distintas e independientes. Este hecho, junto con la situación actual e histórica de la(s) disciplina(s), lleva a que la relación, o bien, el vínculo entre estos campos de estudio, sea débil. Nosotros consideramos que la falta de tal vinculación inhibe el desarrollo de la arqueología en nuestro país. Sostenemos que la antropología –holística y ampliamente definida (véase nota 2 a pie de página)– es el contexto intelectual más productivo para una arqueología empírica y científica. Éste es el tema que queremos destacar, tanto en esta introducción, como en el resto del volumen. Por tanto, los argumentos desarrollados a lo largo de este capítulo están fundados en la premisa de que la arqueología está vinculada lógicamente con la antropología (como una disciplina holística que incluye las sub-disciplinas boasianas “tradicionales” por su enfoque y su especial interés en la cultura (Flannery 1982; Sahlins 1999; Watson 1995), así como por el hecho de que su principal objetivo es la descripción y la explicación de las similitudes y diferencias de la experiencia humana en múltiples contextos espaciales y temporales.

### *Arqueología y antropología: una relación simbiótica*

Otro aspecto del debate actual sobre la relación entre arqueología y antropología gira en torno a una dicotomía falsa, una que contrapondría la arqueología como ciencia y la arqueología como parte de la antropología. Pero esta oposición es eminentemente contraproducente y, en gran parte, es una

falacia. Desde los comienzos de la arqueología procesualista, Binford (1962) —entre otros autores— puso en claro las doctrinas de la arqueología, presentándola como una disciplina científica capaz de evaluar hipótesis para producir explicaciones objetivas de fenómenos arqueológicos y culturales (Dark 1992; Earle 2008; Flannery 1973; Gándara 1981). La intención era atacar los problemas del inductivismo y la lógica analógica que caracterizaban a las teorías y los métodos anteriormente aplicados y utilizados en la disciplina. Como ejemplo, la etnoarqueología y la teoría de medio rango son a la vez inductivas y deductivas, a tal grado que involucran una selección entre rangos de objetos comparativos distintos (Fahlander 2004).

Se aceptó una teoría antropológica holística como marco por el que se confiere sentido y se organizan los datos arqueológicos, se extrae información social de los datos materiales y se liga el registro arqueológico estático a las explicaciones científicas sobre la conducta y los procesos sociales. De ahí el axioma de Phillips, o la aseveración de que no existía teoría “arqueológica”, sino sólo teoría *antropológica* (Flannery 1982: 269). En otras palabras, en la ausencia de una teoría holística y ordenadora, el registro material —y los análisis cualitativos o cuantitativos de datos materiales— no tiene la capacidad de explicar procesos socioculturales dinámicos. Datos materiales que carecen de un marco teórico antropológico son de poca utilidad, ya que no se pueden relacionar con los contextos más amplios de procesos sociales. Es imposible generar hipótesis sobre datos arqueológicos *ex nihilo* y no se puede construir teoría o deducir explicaciones sólo con base en objetos materiales.

Al postular que la arqueología es dependiente de la teoría antropológica no se afirma su subordinación a la antropología o a cualquier otra subdisciplina antropológica. Por ello, quizá sea más conveniente pensar en una teoría “sociocultural” como marco unificador, en lugar de en una teoría “antropológica”. Aun así, debemos aclarar que una teoría antropológica o sociocultural no es equivalente a la antropología cultural (*v.gr.*, etnología o etnografía), ya que al hacerlo se niegan o disminuyen las aportaciones del trabajo arqueológico a la teoría antropológica y a las ciencias sociales en general. Por ejemplo, la arqueología ha registrado conductas sociales que no han sido identificadas previamente en el registro etnográfico (Smith *et al.* 2012: 7617). Por otro lado, el uso de la etnografía o la teoría de medio rango por sí solas, no es suficiente para explicar datos arqueológicos, como tampoco es aceptable



que los arqueólogos adopten sin perspectiva crítica modelos derivados de la etnografía, la etnohistoria o de la antropología cultural (Fahlander 2004).

Sin embargo, el diálogo entre antropología, arqueología e historia –entre otras disciplinas– sólo puede enriquecer a la teoría antropológica por medio del análisis crítico y el intercambio de ideas y conceptos. Aunque existen problemas metodológicos, teóricos y conceptuales en los tres campos de estudio, sostenemos que estas disciplinas son las más aptas para generar una discusión teórica y metodológica y nutrirse a partir de un intercambio de información. En este sentido, la relación disciplinaria entre la arqueología y la antropología es mejor concebida como simbiótica, antes que jerárquica, subordinada o parasítica. A fin de cuentas, arqueólogos, antropólogos e historiadores estamos interesados en describir y explicar el cambio sociocultural, y todos dependemos de un cuerpo de teoría independiente de nuestras propias disciplinas.

Por lo anterior, sostenemos que la arqueología es y debe entenderse como antropología y como una ciencia social humanista. Dado que su meta es describir y explicar las sociedades y culturas del pasado por medio de sus restos materiales, es importante señalar que la arqueología no debe convertirse en algo que contraviene sus objetivos principales. Por lo que sugerir que la acumulación de datos o las innovaciones en las técnicas permitirán que la disciplina cree teoría social, genere hipótesis de la nada y reconstruya la dinámica social desde el acervo de datos inertes es un argumento falaz desde los ámbitos teórico y práctico. Desligarnos de la antropología no convierte a la arqueología en una disciplina más científica ni nos permite desempeñar un papel más relevante en las ciencias sociales. Aun cuando las técnicas nos permitan extraer información más detallada o las técnicas sean menos destructivas para el contexto arqueológico, requerimos teorías para explicar la información que albergan los datos. De cualquier manera, la arqueología es en sí misma un trabajo científico y genera contribuciones para la antropología y las ciencias sociales (*cf.* Smith *et al.* 2012); como Flannery bien lo expresó (1982: 272), es la única disciplina que tiene la capacidad de descubrir, describir y explicar el pasado humano. Sin embargo, tiene sus limitantes, como todas las disciplinas. Al final, la arqueología es arqueología (Clarke 1968); pero existe en simbiosis dentro de, es posible por, y tiene su mayor potencial por la relación que mantiene con la antropología.

## CAMINOS DIVERGENTES: ARQUEOLOGÍA EN MÉXICO VS. ANTROPOLOGÍA EN ESTADOS UNIDOS

El desarrollo de la arqueología en México siguió un camino distinto al de otros países (*cf.* Gosden 1999; Trigger 1990) y al de Estados Unidos, en específico. Por ende, recientes llamados a separar la antropología de la arqueología (Smith 2010, 2011a; *cf.* Wiseman 2001, 2002), no han resonado entre los arqueólogos de México —precisamente porque estas áreas de estudio están separadas actualmente, así como en el pasado reciente—. Es importante señalar que aun cuando tienen bases holísticas en la tradición boasiana, la arqueología y la antropología en México son distintas disciplinas en la práctica y no han tenido una relación estrecha como en Estados Unidos. La mayoría de las investigaciones ocurre en el marco fuera de la antropología y, generalmente, se considera que la arqueología tiene más relación con la historia que con la antropología. Así, la arqueología se concibe como una disciplina separada de la antropología aun cuando se dice que la antropología engloba a las otras subdisciplinas y aun cuando la mayoría de colegas en México mantiene que la arqueología es una ciencia social.<sup>4</sup> La verdad es que la arqueología es un animal diferente en México. Esta separación de las disciplinas hermanas ha repercutido en la naturaleza del trabajo arqueológico en el país, ya que al no relacionarse estrechamente, se cae en la descripción pura y en las técnicas “arqueológicas”. Con base en nuestras experiencias tanto en la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY), como en El Colegio de Michoacán, A.C. (Colmich), discutimos el caso mexicano de una arqueología sin antropología.

### *Arqueología sin antropología*

Dentro de contextos académicos en México, ambos campos o disciplinas raramente se asocian. Aunque en la UADY, uno de los autores estudió e impartió cursos en la Facultad de Ciencias Antropológicas, que incluía ambas subdisciplinas e instrucción en teoría antropológica y social, ésta es la excepción

4. Quizás irónicamente, dentro del marco del Sistema Nacional de Investigadores del Conacyt, la arqueología (así como la antropología y la historia) se clasifica como una de las “humanidades,” y no como una “ciencia social.”

y no la regla.<sup>5</sup> De menos de 15 universidades en México con programas de licenciatura en antropología, sólo en siete de ellas se ofrecen cursos en arqueología y las titulaciones son en arqueología o antropología, con lo que hacen hincapié en una distinción muy clara. Más aún, los programas están en distintos centros de estudio o departamentos, tales como el de Ciencias Sociales y Humanidades, la Facultad de Filosofía y Letras, la División de Estudios Históricos y Humanos, lo que pone en claro la falta de consenso en cuanto al estatus de la arqueología, muchas veces incluyéndola en categorías oscuras y contradictorias (p. ej., “estudios humanos e históricos,” “ciencias sociales y humanidades”). Una mirada más acuciosa a los programas pone de manifiesto el acento en los métodos arqueológicos y una marcada ausencia de la teoría antropológica. Sólo cuatro universidades ofrecen títulos de licenciatura que pueden ser correctamente llamados de arqueología antropológica (UADY, la Escuela Nacional de Antropología e Historia [ENAH], la Universidad Veracruzana [UV] y la Universidad de las Américas en Puebla).<sup>6</sup>

A nivel posgrado, el vínculo entre la antropología y la arqueología es más claro, pero existen títulos separados también. Sólo cuatro instituciones ofrecen maestrías en arqueología: Colmich, UADY, UV y ENAH y dos de éstas ofrecen doctorados: UNAM y ENAH. Aunque estas instituciones también ofrecen grados en antropología, los programas de estudio difieren de manera significativa, los cursos obligatorios son anómalos y la colaboración práctica y el intercambio entre estudiantes e investigadores en ambos campos generalmente no son posibles, un hecho que contrasta con la situación en Estados Unidos donde las disciplinas están en el mismo centro de estudios. Por ejemplo, en el Colmich, el estudio y la práctica arqueológica están en el Centro de Estudios Arqueológicos, mientras que la antropología social en el Centro de Estudios Antropológicos. No sólo son centros de estudio separados cada uno con su planta de profesores que ni siquiera se traslapan, también se localizan en dos ciudades distantes a aproximadamente 50 km de distancia.

A simple vista, la situación en México quizá no parezca tan distinta a la de Estados Unidos, donde tampoco hay consenso acerca del estatus y la relación entre la arqueología y la antropología. Asimismo, los antropólogos y

5. Otras excepciones incluyen al Instituto de Investigaciones Antropológicas en la UNAM y la Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana (*cf.* Higuera Cossío, en este volumen).
6. Ni la UNAM ni el Colmich ofrecen grados de licenciatura en antropología o arqueología.

los arqueólogos a veces trabajan en entidades institucionales distintas, como fue el caso de Stanford y en algunas instituciones (p. ej., la Universidad de Boston) se ofrecen títulos separados en antropología y arqueología. También hay universidades de renombre por sus programas en antropología cultural (p. ej., Chicago) o arqueología (p. ej., Michigan). Sin embargo, las excepciones en Estados Unidos son la regla en México. La falta de unidad entre los campos de estudio en marcos académicos es tanto la causa como el efecto de la divergencia clara en contextos institucionales y prácticos más amplios, así como la falta relativa de lo que podemos llamar arqueología “antropológica” o “científica” en México (Gándara 1981, 1992).

### *Arqueología “oficial”*

Toda investigación arqueológica en México se realiza al amparo del Consejo de Arqueología del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y depende de un aparato administrativo y centralizado del Estado. El INAH ha creado, en efecto, una arqueología “oficial” basada en la concepción colonial de la historia mexicana y el patrimonio cultural y que liga a la arqueología con una identidad nacional y una visión de la herencia cultural basada en un pasado prehispánico (Gándara 1992; Vázquez León 1996). Esta visión nacionalista ha limitado el pensamiento arqueológico y se ha impuesto en la práctica de la arqueología en México, convirtiéndola en la cultura disciplinaria que prevalece entre los arqueólogos mexicanos (semejante a la situación histórica europea; cf. Gosden 1999; Trigger 1990: 248-277). El monopolio del INAH ha resultado en la subordinación de la práctica arqueológica con un discurso basado en la herencia cultural que domina la arqueología mexicana predeterminada por los mismos contextos institucionales en los que se practica (Vázquez León 1996). La concepción de la arqueología como disciplina y la administración del legado arqueológico se entrelazan. La arqueología “oficial” mexicana es, pues, más una historia cultural nacional desvinculada de la antropología.

Este marco institucional pone serias limitantes, no sólo en la manera en la que el conocimiento se organiza, pero en la manera en la que se practica la arqueología en México. Esta postura profundamente ateorica ha resultado en la satanización de la teoría y en un eclecticismo marcado por

un desconocimiento del debate teórico y de las bases de la teoría antropológica-arqueológica social en general (Gándara 1981: 63; *cf.* Gándara 1994). El “proyecto nacional (arqueológico)” no quiere una arqueología antropológica crítica; por el contrario, demanda más y más tecnócratas y técnicos (Acosta Ochoa 2011: 12) para producir largos y descriptivos informes técnicos que no explican los datos arqueológicos y simplemente acumulan polvo en los estantes de los archivos del INAH. La arqueología entonces se reduce a poco más que un método burocrático por medio del cual el patrimonio o la herencia cultural mexicana se documentan y, en lugar de llevar a cabo investigación científica que pueda ser más ampliamente aplicada, la única opción real abierta a los arqueólogos mexicanos es participar en proyectos de salvamento o en recorridos para registrar sitios con propósitos ajenos a la investigación arqueológica (p. ej., Pemex o CFE; Acosta Ochoa 2011: 12). Los mismos sitios permanecen sin investigarse y, por ende, se desconoce su potencial para el desarrollo turístico (*cf.* Gándara 1992).

Por otro lado, las bases ideológicas político-nacionalistas prevalentes en el contexto administrativo-institucional han resultado en el uso de dos marcos teóricos principales por medio de los cuales la mayoría de los materiales arqueológicos es interpretada: un materialismo histórico inspirado en el marxismo (Gándara 1992; Gándara *et al.* 1985; *cf.* Acosta Ochoa 2011) y un particularismo (o materialismo) histórico enfocado en culturas y sus rasgos materiales (Gómez 2007: 223-227). Esta combinación de posiciones teóricas ha generado acercamientos teóricos simples, con gran interés en la recolección de datos y en la escasez de clases de teoría en la academia (Gándara 1981). Inexplicablemente, las técnicas científicas son rechazadas en favor de metodologías obsoletas (Gándara *et al.* 1985: 12) en un intento aparente de forzar inductivamente un cuerpo de datos creciente en tipologías estáticas o en un marco marxista global. La investigación científica no parte de poner a prueba hipótesis, sino más bien se espera que el registro arqueológico (incompleto) algún día sea suficiente o esté bien documentado para confirmar las nociones preconcebidas sobre ello (Gándara 1992).

Como hemos anotado previamente, aunque una orientación teórica antropológica es preferida en algunos contextos académicos, la supuesta oposición entre una arqueología estatal política-nacionalista y una arqueología científica en la academia no es tan polarizada como parece. La mayoría

de los arqueólogos mexicanos es socializada para aceptar una doctrina de arqueología oficial del Estado (Vázquez León 1996), semejante a la situación que describe Fox (2003: 151) en relación con la tradición de las cuatro ramas de la antropología en Estados Unidos. En cualquier caso, aun esas instituciones que ofrecen un poco de enseñanza de “arqueología antropológica”, comúnmente sólo refuerzan el *status quo*. Por ejemplo, ocho de los 40 cursos requeridos en la currícula de la licenciatura en la ENAH están relacionados con la historia mexicana y el patrimonio cultural, mientras que sólo tres son sobre las teorías detrás de la interpretación y la explicación de los materiales arqueológicos ([www.enah.edu.mx/index.php](http://www.enah.edu.mx/index.php), visto el 21 de agosto de 2013).<sup>7</sup> La práctica arqueológica en México está en un sistema “feudal.” La hegemonía del INAH ha construido una jerarquía burocrática de estatus en la que los jugadores arqueológicos compiten por prestigio y poder en una guerra “arqueológica” (Vázquez León 1996). Uno de nuestros colegas recientemente exclamó que jugamos un juego en el que el trabajo de oficina y los informes son valorados por encima de la investigación. Es como si todos fuéramos “hijos de los setenta” (Flannery 1982: 266). Es decir, podemos sobresalir realizando poco trabajo real sin producir ideas originales y mucho menos ofrecer explicaciones. Mientras sigamos haciendo informes, nos daremos a conocer mejor y nos pagarán más que a muchos que trabajan el doble.

## TENDENCIAS ACTUALES DE LA ARQUEOLOGÍA EN MÉXICO

Pocos son los lugares donde laboran arqueólogos en México. La principal institución depende del INAH y en ella se concentra gran cantidad de arqueólogos de todos los niveles educativos en el país. En segunda instancia están los arqueólogos que laboran en universidades de educación superior de los niveles licenciatura, maestría y doctorado. Finalmente, aquellos que aun cuando no tienen filiación permanente en alguna institución, gestionan financiamiento en estados o municipios para realizar sus investigaciones. Cada uno

7. No es sorprendente, ya que la ENAH es una dependencia del INAH y es la institución oficial nacional para el estudio de estas disciplinas.

de ellos tiene enfoques disímiles con respecto a los otros en lo que se refiere a la investigación.

Los arqueólogos “oficiales” mexicanos a menudo realizan trabajos de salvamento y rescate en todo el país, pero pocas veces (a menos de que se trate de un lugar importante, o sea, monumental o grande) de investigaciones que involucren teoría y metodologías congruentes con las preguntas de investigación. Es decir, investigación en el sentido científico (Binford 1962; Flannery 1972). Gran parte de este problema se debe a la falta de entrenamiento y educación entre los arqueólogos para llevar a cabo un proyecto científico de investigación. Pero, por otro lado, es también la falta de una burocratización real en las actividades sustantivas de la institución que regula las investigaciones en México. Finalmente, es una buena excusa aludir a la falta de presupuesto para explicar el porqué no se hacen las investigaciones como debiesen hacerse, aun cuando un proyecto bien estructurado no requiere millones de pesos. Sin embargo, tal pareciera que esta arqueología generara productos, informes, y edificios para encajar los datos materiales en una narrativa histórica nacional colonialista.

*Arqueología como arqueología: Grande es mejor y más importante.  
El Protagonismo*

Algunas veces hemos escuchado que a algunos nos “gusta hacer ciencia o investigación básica”, en referencia al interés por los sitios o espacios modestos o sin fines de ser restaurados y mostrados al turismo. Y más de una vez hemos escuchado cómo algunos alumnos de posgrado se dan el lujo de señalar que en su nivel, “ya no están para hacer talachitas”. Por un lado, esto, una vez más demuestra la falta de valoración del quehacer arqueológico real e integral y la nula claridad entre alumnos y colegas acerca de los fines y objetivos de la arqueología. Se trata a los edificios más imponentes o los sitios más grandes como si fuesen microcosmos de toda una sociedad, por lo que los trabajos de campo se enfocan en esos elementos que tengan el potencial de atraer el financiamiento y la atención de los representantes del Estado, así como del público en general. El propósito de esta labor es atraer la atención de los medios y, por ejemplo, conseguir que se publique una nota en el periódico local o tiempo en la televisión, con lo que se pone en segundo

plano la publicación entre la comunidad científica y, por consiguiente, en los medios de divulgación y de difusión. De hecho, hay quienes consideran que la divulgación debe ser dirigida, en primera instancia, a los no-especialistas, como si ésta fuera la responsabilidad primordial, en lugar de la publicación en los medios académicos y científicos o aventajar en nuestro conocimiento sobre el pasado arqueológico. En este caso, el verdadero Indiana Jones sale a la escena, con su ajuar tradicional, que seguramente causa alguna impresión en el público en general. Para los protagonistas, la fama local es más importante que el impacto en el ámbito de la disciplina que se pueda tener. Habría entonces que preguntarnos cuál es el objetivo de la arqueología y cuál el papel del arqueólogo.

### *Arqueología como todo*

Por otro lado, algunos colegas en su afán de ser interdisciplinarios, argumentan que la arqueología es una disciplina tan amplia (sin límites claros) que engloba desde el trabajo etnográfico hasta el histórico y, por ende, involucra una serie de técnicas también. En cuanto a la etnografía o etnohistoria, se le considera clave para entender el pasado, y las costumbres y los objetos que hoy día observamos son valorados como reliquias de nuestro pasado evolutivo; así pues, se trata de una “herramienta” de generación de información que en un futuro próximo se perderá. Sin embargo, esta información no es evaluada ni comparada con la de un registro arqueológico real, por lo que su utilidad queda limitada en términos de explicación sobre el pasado arqueológico. Más grave todavía es la falta del marco teórico que realmente integre las partes arqueológica y etnográfica. Simplemente se toma como una fórmula sencilla de pasado y presente.

Esta manera de argumentar que los objetos y las acciones asociados a ellos son las mismísimas del pasado (con algunas modificaciones) –también llamada *direct historical approach* (acercamiento histórico directo– ha sido fuertemente criticada y abandonada desde los años ochenta (véase Fahlander 2004) en países donde la teoría sigue evolucionando y generando conocimiento nuevo. Así, las explicaciones son estáticas, como si el tiempo no hubiese pasado, ni la gente evolucionado; los arqueólogos también viven un momento inerte en lo tocante a las “explicaciones”. La etnografía, en este



caso, y como lo hemos manifestado anteriormente, tiene su valía en el potencial para generar hipótesis que puedan ser puestas a prueba con los datos materiales (Fahlander 2004; *cf.* Binford 1962; Flannery 1972). Pero hay gran diferencia entre etnoarqueología o la teoría de medio rango y el acercamiento histórico directo —una distinción no siempre advertida por quienes siguen empleando esta metodología caduca—.

Asimismo, pareciera que se ha equiparado a la arqueología sólo con objetos viejos (*cf.* Fernández Cacho y García Sanjuán 1993; Funari 1997) y que se acepta sin crítica una percepción popular con la que muchos arqueólogos académicos tienen serios problemas. Por ejemplo, trazar históricamente el desarrollo de una tecnología en un lugar para posteriormente hablar acerca de cambios en los patrones de asentamiento pudiera ser de gran utilidad para generar modelos predictivos hacia el pasado (tomando en cuenta la diferencia de tecnologías entre las distintas eras y la escala e intensificación en el uso), pero simplemente contar la historia de un elemento tecnológico no puede generar las explicaciones holísticas de las que tanto se jacta la antropología en general. Una vez más, estas explicaciones se quedan en un punto de la historia en particular y los cambios son atribuidos a una tecnología, con lo que se hace resonar viejas teorías en desuso y altamente cuestionables (Acosta Ochoa 2011; Fahlander 2004: 185; *cf.* Trigger 1990).

Finalmente, los estudios sobre patrimonio que están tan en boga en la arqueología de algunos países (Martorell Carreño 1994; Pincemín Deliberos 2008) son un asunto que ha tenido gran éxito pues gracias a ellos se han tomado en serio la concientización y la divulgación de la información científica para involucrar y educar al público en general. Como sucede con cualquier otro término, ha sido difícil de definir “patrimonio”; así, para que algo pueda ser considerado patrimonio debe cumplir con una serie de requisitos relacionados con su protección, su estatus, o su significación. El tema de patrimonio ha llegado hasta considerarse una subdisciplina de la propia arqueología —pero este campo nebuloso de estudios sólo está relacionado tenuemente con la arqueología, dado que se analizan, en parte, los resultados objetivos de la investigación del registro arqueológico—. Para nosotros, no es clara la aportación de los estudios de patrimonio a nuestro conocimiento acerca del pasado o el registro arqueológico. En el ámbito mexicano, simplemente se

contribuye a, o valida la narrativa histórica “oficial” que domina el discurso arqueológico en nuestro país.

Mencionamos la cuestión del patrimonio de manera somera sólo para destacar que la arqueología en México carece de bases antropológicas que refuercen la parte teórica que introduce a los seres humanos en las acciones del pasado y permite la explicación de las conductas; y que sin ello es muy difícil que se pueda concientizar al público en general sobre materiales arqueológicos. Ahora bien, generar un diagnóstico de cómo se considera o se percibe el trabajo arqueológico en una comunidad, no es en realidad arqueología *per se*, sino una herramienta de trabajo que permite la educación de la población sobre un tema en específico con la finalidad de poder proteger ciertos rasgos culturales heredados por los antepasados. Reiteramos que este tipo de estudio realmente no avanza nuestro conocimiento acerca del pasado; sin embargo, creemos que dentro del planteamiento de lo que se considera una arqueología científica, estas labores pueden llegar a obtener un valor en la disciplina y más allá.

*Mentalidades y prácticas caducas. Las técnicas (excavación) como sinónimo de investigación arqueológica*

Como profesores del Centro de Estudios Arqueológicos (CEQ) de El Colegio de Michoacán hemos visto cómo desde los años formativos de los alumnos (*v.gr.* licenciatura) del área arqueológica y otras disciplinas, muchos de ellos tienen —en nuestra opinión— una concepción errónea de la arqueología. Recurrentemente escuchamos acerca de la necesidad de instrumentar cursos en los que se enseñen las técnicas, porque piensan que estas son lo que hace a un arqueólogo. De ser así, la arqueología no debe ir más allá de enseñar las herramientas básicas para realizar trabajos manuales y repetitivos, sin tener en cuenta los objetivos reales del trabajo. Quizás por esta razón, en México se celebra el día del arqueólogo el mismo día que el del albañil. La diferencia es que los albañiles realmente construyen, mientras que los arqueólogos destruyen o quizá simplemente se trata de otro día para cumplir con la definición estereotipada del arqueólogo bebedor (*cf.* Hutson 2011). En cualquier caso, al reducir la arqueología a un juego de métodos y técnicas, no sólo se valida la percepción de que es una disciplina no científica que existe sólo como auxiliar

de la historia, sino que también se minimiza su utilidad en contribuciones más amplias en disciplinas afines (como la historia) y las ciencias sociales en general (Nichols *et al.* 2003: 4; *cf.* Hodder *et al.* 1988: 372; Smith *et al.* 2012: 7617).

Con base en las experiencias en campo con alumnos de escuelas mexicanas de arqueología, podemos afirmar que la arqueología sigue siendo un sinónimo de excavación y que otros métodos o temas (*e.g.*, arqueología de cazadores recolectores) se consideran secundarios. Y aun entre los arqueólogos “oficiales” del país sigue siendo de gran importancia la excavación, porque un recorrido, por ejemplo, no tiene fines de restaurar, de encontrar “riquezas”, entierros o tumbas y todo aquello con lo que se asocia la arqueología de manera parcial y sensacionalista. Sin duda, las “cosas” enterradas conservan un valor inestimable porque están *in situ* e ingenuamente se les considera como realidades estáticas de la vida pasada. Una vez más, el pasado inerte carece de actores, procesos y dinámica social. Por ello, la técnica precede a la teoría y el diseño de investigación robusto con fines de contribuir al conocimiento de las sociedades pretéritas está ausente.

Los proyectos arqueológicos pocas veces contemplan realizar y completar los análisis de laboratorio, ya que no se les considera importantes o de gran significación para las instituciones que los financian.<sup>8</sup> Por otra parte, los arqueólogos pocas veces saben qué hacer con ellos además de crear tipologías estáticas<sup>9</sup> y hacer comparaciones con otras tipologías en zonas aledañas para hablar de “interacción e influencia”, con lo que se destaca una recesión a modelos explicativos simples de “difusión” (Childe 1942) que ya han sido descartados por la mayoría de arqueólogos. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas tienen un comienzo y un fin. El trabajo de campo debe tomar diez por ciento del tiempo de investigación, mientras que el resto debe dedicarse a procesar los datos, analizar, divulgar y publicar, entre otras actividades sustantivas (*cf.* Renfrew y Bahn 2004). Este porcentaje se dispara en los

8. Normalmente cuando el financiamiento proviene de gobiernos municipales y estatales, y no de fundaciones dedicadas al estudio científico del pasado.
9. Aunque las tipologías sin duda son de gran utilidad en la investigación arqueológica, hay que reconocer que las categorías implícitas en ellas, no son dinámicas. Por tanto, no todos los datos caben en una tipología, ya que ésta no abarca todo el rango de variación potencial de los datos materiales. Sin embargo, muchos arqueólogos –en México y en otros países– insisten en forzar sus datos en estas clasificaciones estáticas (véase nota 7 arriba; *cf.* Galván Villegas 1991).

proyectos arqueológicos mexicanos, ya que gran parte del tiempo se dedica a excavar y los datos (artefactos) recuperados raramente se analizan, algunas veces se clasifican y algunos ni se lavan. Lo que esto demuestra es que la investigación en el laboratorio es despreciada, en favor de las actividades estereotípicas de los arqueólogos de rodillas sucias, viviendo la vida exótica y aventurera en un cuadro de 2m x 2m.

Pero, ¿qué podemos esperar de los proyectos arqueológicos en cuanto a la recuperación de datos –sin mencionar la generación de conocimiento–, si éstos no cuentan con un diseño de investigación claro? Los proyectos se reducen a excavar, tomar muestras de carbón, de piso, entre otras cosas, sin que esté claro por qué se recolectan estos datos. Al final, éstos se quedan acumulando tierra y las posibilidades de utilizarlos en una investigación futura y por otros investigadores son limitadas, dada la falta de congruencia entre método y teoría o método y preguntas de investigación. Todo ello resulta en la acumulación de objetos viejos (o informes técnicos sobre los mismos) que no tienen nada que decirnos acerca del pasado, pues se desconoce la manera en que éstos pudieron contribuir mucho más allá de la cuantificación de vasijas viejas y de piedra que se utilizaron en el pasado. Debido al desconocimiento de la conexión entre técnica, preguntas, hipótesis y teoría antropológica, difícilmente podremos llegar a realizar investigación arqueológica; en cambio, se generan datos y más datos que ni los centros regionales del INAH tienen capacidad de almacenar. Si fuera a la inversa, tendríamos estantes de libros y publicaciones y sólo unas cuantas cajas de materiales arqueológicos a las que se les ha “extraído” toda la información posible dadas las preguntas de investigación en cuestión.

Finalmente, sucede entre los alumnos de arqueología –e incluso algunos investigadores–, que al no encontrar algo en un día de campo piensan que perdieron el tiempo con métodos infructuosos. La ya común frase “no data is data” (la ausencia de datos es un dato en sí), no convence a nadie. La adulteración de una hipótesis dibuja caras tristes porque *no se comprueban las hipótesis*. Por tanto, la intención al hacer “investigación” es probar que las hipótesis son correctas, no ponerlas a prueba o falsearlas. Evidentemente, entonces, no hay razón para hacer investigación, sólo tendríamos que pensar en posibles hipótesis y recolectar los datos según nos convenga e ignorar cualquiera que pudiera servir para refutar la conclusión predeterminada. Otra

vez, el desconocimiento de la articulación entre la teoría antropológica y las técnicas arqueológicas se hace evidente.

### *La arqueología financiada por gobiernos estatales*

Una tendencia hoy en día en la “investigación arqueológica” en México es que la arqueología se subordine a la política y a los deseos del Estado, pero se olvide por completo que no es una disciplina alienable, ni son los materiales arqueológicos. Opinamos que la generación de conocimiento no tiene por qué estar subordinada a ningún gobierno, sea federal, estatal o municipal, aun cuando la autorización para realizar estudios arqueológicos que impliquen excavación o recorrido principalmente, esté supeditada a un permiso federal.<sup>10</sup> En varios proyectos financiados por el Estado, la investigación queda en segundo plano porque lo primordial es generar ganancias (*v.gr.*, por medio del turismo) y ello se convierte en un círculo vicioso. Lo importante es conseguir financiamiento, ser conocido por los medios, estar en contacto con la política y los políticos, que pocas veces entienden a cabalidad el trabajo arqueológico. Lo más grave es que los mismos arqueólogos no tienen muy clara la diferencia entre hacer investigación y hacer excavación. Por ende, muchos de estos proyectos generan muchos datos, pero pocos de ellos son explotados en su máxima capacidad y resultan en informes y tesis que pocas veces llegan a leerse o consultarse y mucho menos a publicarse. Así, el producto tiene el mismo fin que los materiales arqueológicos.

De ninguna manera afirmamos que todos los trabajos arqueológicos financiados por los estados terminen en esta deplorable situación, pero normalmente dichos proyectos tienen metas alineadas a las del Estado en cuestiones de desarrollo turístico y dedican gran parte de su esfuerzo a atraer dinero por medio de propuestas “seductoras” que generen respuestas

10. Para aclarar, no tenemos ninguna objeción en que la investigación arqueológica en México sea regida por leyes o instituciones del gobierno de cualquier ámbito. Pero cuando se permite que los administradores se conviertan en quienes dictaminan los objetivos y alcance de la arqueología –o cualquier disciplina–, se produce una situación no sostenible y poco conducente a la investigación científica. Cuando los arqueólogos nacionales aceptan que tales administradores tienen el derecho o la obligación de poner la agenda para la investigación arqueológica, entonces no sorprende que la arqueología científica esté subordinada a fines político-económicos, una narrativa histórica “oficial,” o la mera conservación de reliquias de un pasado desconocido, tal como describe Vázquez León (1996; *cf.* Gándara 1992).

positivas en cuanto a financiamiento. De este modo, los proyectos tienen poco peso en el aspecto teórico, escasa trascendencia en la disciplina y en la generación o el avance del conocimiento. Aun cuando los proyectos son enviados para su dictamen y su autorización al Consejo de Arqueología, éstos no tienden a ser demasiado teóricos y más bien destacan la descripción de los métodos tanto de campo como de laboratorio, los cronogramas de trabajo y el presupuesto. Los proyectos no ganan financiamiento ni autorización por sus méritos académicos, sino por el grado de interés que tenga en ellos el Estado o por las habilidades de gestión del arqueólogo en cuestión.

El financiamiento que otorgue el Estado debe ser aprovechado para satisfacer tanto a éste como a la comunidad científica, pero en el afán de continuar con las excavaciones (*e.g.*, “hacer arqueología”, como comúnmente —erróneamente— se concibe), año con año se abren nuevos frentes sin haber procesado, y ya no se diga publicado, los resultados de los trabajos anteriores. Es común escuchar a los colegas hablar acerca de la escasez de datos o la falta de más trabajo de campo, porque *una vez que acumulen más datos duros* podrán tener suficiente información para generar teorías o explicaciones. Este tipo de inductivismo, como argumentamos arriba, es una falacia. La lógica kantiana defectuosa que subyace a la supuesta validez del razonamiento inductivo *a priori* ha sido deconstruida de forma contundente, más notablemente por Popper (2002: 3–6). No se puede crear teoría o explicación arqueológica sólo a partir de datos materiales (Binford 1962; Clarke 1973; Flannery 1972, 1982; Fritz y Plog 1970; *cf.* Schiffer 1988; Shanks y Tilley 1991).

Otro lado del problema es que nunca hay suficiente información y los profesionales no se atreven a contribuir al conocimiento si no tienen los datos necesarios. Así, los datos se siguen acumulando, el análisis se queda rezagado, de manera que la generación de modelos y explicaciones nunca se materializa. De esta forma, la arqueología se reduce a excavar, medio analizar materiales y continuar “destruyendo” contextos que pudiesen ser enmarcados en un diseño de investigación robusto con miras a generar nuevos conocimientos. Aunque algunos han argumentado, implícita o explícitamente, que la arqueología llegó a una madurez como disciplina para tener y soportar su propia teoría (*p. ej.*, Schiffer 1988; Smith *et al.* 2012), existen pocos planteamientos de qué es una teoría arqueológica pura o de cómo esta teoría difiere significativamente de la antropológica existente (*cf.* Fahlander 2004). La teoría

antropológica no se convierte mágicamente en *arqueológica* cuando se aplica a los materiales arqueológicos (Flannery 1982: 270). De ahí la notable falta de coherencia teórica-metodológica en muchas investigaciones arqueológicas.

Los arqueólogos mexicanos que trabajan con financiamiento del Estado, comprometen los objetivos científicos de generación de conocimiento por crear productos para el público en general, de acuerdo con los fines políticos de las instituciones que otorgan el financiamiento. Y, si bien no existe maldad en esta práctica, a esto se reduce la “investigación arqueológica”. En otras palabras, volvemos a la excavación y la restauración de edificios sin saber a ciencia cierta por qué. ¿Es acaso el fin de la arqueología? Para nosotros, la respuesta es muy clara: no.

#### OBJETIVOS DE LA ARQUEOLOGÍA EN MÉXICO. ¿HACIA DÓNDE VAMOS?

La “revolución procesual” no llegó a México (*cf.* Gándara 1981). Tampoco se involucraron muchos arqueólogos mexicanos en las llamadas “guerras teóricas” que ocurrían en la arqueología en Estados Unidos y en Europa, y, como señalamos anteriormente, pocas veces ha considerado la arqueología mexicana su lugar en el diálogo con la antropología o las ciencias sociales más amplias. Además de la escasez de tal diálogo y la falta de una “pérdida de inocencia” (Clarke 1973), también hemos visto carencia de introspección por parte de los arqueólogos mismos –así como estudiantes de arqueología– en nuestro país. También cabe contemplar lo que el público quiere de la arqueología. En un artículo clásico, Flannery (1982: 272) sugiere que el público en general no quiere epistemología, sino que el mundo:

... quiere que la arqueología nos enseñe algo del pasado humano... Quiere escuchar sobre Olduvai Gorge y Stonhenge y Machu Picchu. El público gradualmente se está dando cuenta de que los primeros tres millones de años tuvieron lugar mucho antes de la historia escrita y miran hacia la arqueología como la única ciencia –la única– con el poder de descubrir este pasado (traducción nuestra).

Sin embargo, para llegar a ofrecer al público este tipo de información debemos adoptar una posición alineada con las metas científicas de la

disciplina, una posición que, como hemos argumentado a lo largo de este capítulo, lamentablemente no existe en el México actual.

Es bien sabido —o por lo menos aceptado implícitamente— que el campo de acción en México para un arqueólogo está confinado a la enseñanza superior y a trabajar para el INAH, donde la mayoría de los arqueólogos tiene contratos temporales y los requisitos para realizar trabajos rara vez demandan grados académicos altos (maestría y doctorado). Pero colaborar de forma temporal para el INAH tampoco augura un futuro prometedor para los arqueólogos y la arqueología en México, pues los trabajos por lo general se enfocan en rescates y salvamentos donde la mano de obra calificada (los pasantes en arqueología y arqueólogos) entrega un informe técnico que a menudo no se consulta o es difícil de conseguir. No es necesario que los arqueólogos tengan buen manejo de teoría arqueológica o antropológica, ya que tales conocimientos salen sobrando en el trabajo requerido. En otras palabras, muchos estudiantes y arqueólogos en México bien saben de las técnicas y los métodos arqueológicos, pero a la vez parece que *no* entienden a cabalidad cómo y por qué se deben utilizar, o cómo se relacionan las técnicas con el marco de una investigación científica propiamente dicho. Por supuesto, es importante conocer y saber emplear las técnicas arqueológicas, así como también actualizarnos en nuevos desarrollos tecnológicos, pero ésta no debe convertirse en la labor principal de los arqueólogos.

Por otro lado, aunque los trabajos de salvamento y rescate son necesarios, si quienes los hacen estuvieran mejor informados en la antropología teórica, entonces realmente tendrían mayor trascendencia, en lugar de permanecer en un acervo que pocos consultan. El trabajo manual e iterativo no es medular en la arqueología; si fuese así, nuestra disciplina se vería reducida a una mera técnica de desenterrar piedras y huesos. Pero entonces, ¿cuál es el punto central de la arqueología y hacia dónde nos (debemos) dirigimos? En nuestra opinión, el entrenamiento de los arqueólogos debe ser tanto teórico (antropológico principalmente, pero en general de las ciencias sociales y humanidades) como técnico. El teórico dará las herramientas principales para poder lograr los objetivos de la disciplina, que incluyen *explicar* el pasado con una combinación de datos y teoría. Las técnicas, aplicadas de forma adecuada, llevan a generar el *corpus* de datos duros (*raw data*) que servirá para generar las bases para la explicación, pero en sí mismas no son



suficientes para fundar explicaciones sobre el pasado. Por estas razones, en la currícula obligatoria del Programa de Maestría en Arqueología del Centro de Estudios Arqueológicos, hemos incorporado un curso llamado Fundamentos Antropológicos de Arqueología; porque creemos en la relación estrecha que existe entre la arqueología y la antropología. La intención detrás de este curso no es convertir a los infieles o crear versiones “miniatura” de nosotros mismos o del profesor, asesor, o director de la tesis, sino facilitar un espacio crítico y reflexivo en el que los alumnos puedan considerar y trabajar estos temas tan cruciales para el futuro de la arqueología como disciplina académica en México. Empero, por nuestra parte tenemos la certeza de que una licenciatura, una maestría o un doctorado en arqueología sin el apoyo de la parte antropológica quedarían desprovistos de una parte fundamental del quehacer arqueológico. En este capítulo hemos reforzado estas premisas y argumentamos que en la relación antropología-arqueología están los objetivos principales de la arqueología, uno de los cuales es explicar la conducta humana de manera holística y comparativa. Aun así, reiteramos que la relación entre ambas disciplinas no implica una jerarquía de importancia o supremacía sobre otra, sino la constante retroalimentación entre ellas. La arqueología en México debe tener un alcance que rebase la visión del arqueólogo aventurero y exótico y hacemos un llamado a re-direccionar las investigaciones para formular explicaciones reales y generar conocimiento que haga aportaciones más amplias a varias disciplinas afines, para no continuar siendo la “sierva de la historia” dentro de una “arqueología oficial mexicana” caduca (*cf.* Gándara 1992; Vázquez León 1996). Asimismo, podemos generar mayor conocimiento de la investigación arqueológica y su relevancia para la historia y la antropología entre nuestros colegas de otras ciencias sociales.

## CONCLUSIONES

A lo largo de este capítulo hemos presentado algunos ejemplos de la manera en la que se llevan a cabo las “investigaciones” arqueológicas en nuestro país, con la intención de hacer evidente que sin la teoría antropológica, bien aplicada, no podemos esperar mucho de la arqueología en cuanto a incrementar y mejorar el conocimiento acerca del pasado. La arqueología por sí sola tiene

sus limitaciones (así como las tienen todas las disciplinas); y sus objetivos se ven truncados al desaprovechar la relación antropología-arqueología. En México se siguen llevando a cabo investigaciones por razones equivocadas —y no por las que nosotros sostenemos que debemos investigar—. Así, el trabajo arqueológico se reduce a realizar excavaciones, restaurar edificios, entregar informes técnicos y a hacer interpretaciones de los hallazgos. Esta arqueología no tiene mucho futuro ni mucho alcance en la comunidad científica mundial.

Reiteramos que no toda investigación arqueológica y no todos los arqueólogos entrenados o trabajando en México (en la academia o en el INAH) forzosamente encajan en esta visión de la disciplina o están de acuerdo con ella. Tendencias hacia la reflexión autocrítica (*v.gr.*, Gándara 1994; Vázquez León 1996) son alentadoras y podríamos nombrar a un buen número de colegas en México que están realizando investigaciones arqueológicas de primer nivel, con el potencial de contribuir de forma significativa a la disciplina y que están insatisfechos con las limitaciones inherentes en las circunstancias históricas actuales, como Vázquez León, entre otros. Admitimos que hemos obviado aspectos positivos de la arqueología mexicana en esta exposición, para enfocarnos en un punto más amplio, que es que las realidades históricas del desarrollo de la arqueología en México han resultado en una arqueología que (en la mayoría de los casos) no es científica, carece de potencial explicativo, ignora debates teóricos y metodológicos, parece incapaz de producir contribuciones amplias y que, aparentemente, existe sólo para servir como técnica descriptiva para una narrativa histórica auspiciada por el Estado dentro de un marco nacionalista hegemónico.

Si se acepta, como nosotros (entre otros) hemos argumentado y creemos firmemente, que la arqueología tiene como objetivo explicar los procesos socioculturales dinámicos del pasado, entonces es lógico que esté unida con la antropología, dado que el objeto de estudio arqueológico, así como el antropológico, es el ser humano y su cultura en su totalidad, tanto en el pasado como en el presente. Nuestras disciplinas solamente se fortalecen en esta relación. Sostenemos que la separación de la antropología ha impedido el desarrollo de una arqueología científica —y arqueología en general— en el contexto mexicano. Ninguna otra asociación disciplinaria ha surgido para proveer el marco teórico necesario para la explicación objetiva de los datos

materiales y recolecciones arqueológicas. Al contrario, la arqueología mexicana permanece como técnica “ateórica” y descriptiva en el mejor de los casos y, en el peor, se reduce a ser una “sierva” de algo más (historia o ideología nacionalista). Es por esto que instamos a que la arqueología mexicana se acerque a la teoría antropológica, es decir, a un cuerpo teórico amplio donde encajan todas las subdisciplinas de la antropología, disciplinas concomitantes para que salga de ese estado inerte y poco productivo en el que se encuentra. Esperamos que este volumen contribuya al diálogo interdisciplinario, así como a alcanzar la meta final a la que todos aspiramos: una arqueología mexicana fuerte, madura y capaz de ofrecer aportaciones significativas y sustanciales al público, nuestros colegas y disciplinas afines.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA OCHOA, Guillermo

- 2011 “Entre el lago y los volcanes: la cultura arqueológica asociada a la cerámica azteca I”, manuscrito inédito.

BINFORD, Lewis R.

- 1962 “Archaeology as Anthropology”, *American Antiquity* 28(2): 217-225.

CHILDE, Vere Gordon

- 1942 *What Happened in History*, Hammondsworth, Penguin Books.  
1929 *The Danube in Prehistory*, Oxford, Oxford University Press.

CLARKE, David L.

- 1973 “Archaeology: The Loss of Innocence”, *Antiquity* 47: 6-18.  
1968 *Analytical Archaeology*, Londres, Methuen.

COVARRUBIAS, M.

- 1944 “La Venta-Colossal Heads and Jaguar Gods”, *DYN* 6: 24-33.

DARK, Kenneth R.

- 1992 “The Science of Archaeology”, *Philosophy Now* 3, documento electrónico consultado el 20 de junio, 2013 ([http://philosophynow.org/issues/3/The\\_Science\\_of\\_Archaeology](http://philosophynow.org/issues/3/The_Science_of_Archaeology), Earle, Timothy).  
2008 “Cultural Anthropology and Archaeology: Theoretical Dialogues” en R. Alexander Bentley, Herbert D. G. Maschner y Christopher Chippindale (eds.), *Handbook of Archaeological Theories*, Walnut Creek, AltaMira Press, pp. 187-202.

FAHLANDER, Fredrik

- 2004 “Archaeology and Anthropology-Brothers in Arms?: On Analogies in 21<sup>st</sup> Century Archaeology” en Fredrik Fahlander y Terje Oestigaard (eds.), *Material Culture and Other Things: Post-disciplinary Studies in the 21<sup>st</sup> Century*, Gotarc, Serie C, núm. 61, Vällingby, Elanders Gotab, pp. 185-21.

FERNÁNDEZ CACHO, Silvia y Leonardo GARCÍA SANJUÁN

1993 “Clásica arqueología, antigua historia. Ensayo en torno a un desencuentro en la tradición historiográfica de Andalucía Occidental”, *Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla* 2: 57-79.

FLANNERY, Kent V.

1982 “The Golden Marshalltown: A Parable for the Archaeology of the 1980s”, *American Anthropologist* 84(2): 265-278.

1973 “Archaeology with a Capital ‘S’” en *Research and Theory in Current Archaeology*, editado por Charles L. Redman, Nueva York, John Wiley, pp. 47-53.

FLANNERY, Kent V. y Joyce MARCUS

2000 “Formative Mexican Chiefdoms and the Myth of the ‘Mother Culture’”, *Journal of Anthropological Archaeology* 19(1): 1-37.

FOX, Richard G.

2003 “Let Archaeology Be”, *Archeological Papers of the American Anthropological Association: Special Issue: Archeology Is Anthropology* 13: 151-153.

FRITZ, John M. y Fred T. PLOG

1970 “The Nature of Archaeological Explanation”, *American Antiquity* 35: 405-412.

FUNARI, Pedro Paulo A.

1997 “Archaeology, History, and Historical Archaeology in South America”, *International Journal of Historical Archaeology* 1(3): 189-206.

GALVÁN VILLEGAS, Luís Javier

1991 *Las Tumbas de Tiro del Valle de Atemajac, Jalisco*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

GÁNDARA, Manuel

1994 “Consecuencias metodológicas de la adopción de una ontología de la cultura: una perspectiva desde la Arqueología” en Jorge A. González Sánchez y Luis Jesús Galindo (eds.), *Metodología y Cultura*, México Conaculta, pp. 67-118 (Serie Pensar la Cultura).

- 1992 *La arqueología oficial mexicana: causas y efectos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- 1981 “La vieja ‘nueva arqueología’: segunda parte”, *Boletín de Antropología Americana* 3: 7-70.
- GÁNDARA, Manuel, Fernando LÓPEZ e Ignacio RODRÍGUEZ  
 1985 “Arqueología y Marxismo en México”, *Boletín de Antropología Americana* 11: 5-17.
- GÓMEZ GOYZUETA, Fernando  
 2007 “Análisis del desarrollo disciplinar de la arqueología mexicana”, *Cuicuilco* 14(41): 219-241.
- GOSDEN, Christopher  
 1999 *Anthropology and Archaeology: A Changing Relationship*, Londres, Routledge.
- HODDER, Ian y Scott HUTSON  
 2003 *Reading the Past: Current Approaches to Interpretation in Archaeology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- HODDER, Ian, Lewis R. BINFORD y Nancy M. STONE  
 1988 “Correspondence: Archaeology and Theory”, *Man* 23: 374-376.
- HUTSON, Scott  
 2011 “Alcohol and Archaeologists”, *Anthropologies* 3, documento electrónico consultado el 25 de febrero, 2014 ([www.anthropologiesproject.org/2011/05/alcohol-and-archaeologists.html](http://www.anthropologiesproject.org/2011/05/alcohol-and-archaeologists.html)).
- MARTÍNEZ NAVARRETE, María Isabel  
 1999 “Reseña de *El Leviatán arqueológico: Antropología de una tradición científica en México*”, *Trabajos de Prehistoria* 56(2): 181-183.
- MARTORELL CARREÑO, Alberto  
 1994 *Patrimonio cultural: protegiendo las raíces de nuestra historia: un estudio de derecho cultural*, Lima, Biblioteca Nacional de Perú.
- NICHOLS, Deborah L., Rosemary A. JOYCE y Susan D. Gillespie  
 2003 “Is Archaeology Anthropology?”, *Archeological Papers of the American Anthropological Association: Special Issue: Archeology Is Anthropology* 13: 3-13.

PHILLIPS, Philip

1955 "American Archaeology and General Anthropological Theory", *Southwestern Journal of Anthropology* 11: 246-250.

PINCEMÍN DELIBEROS, Sophia

2008 *Estudios del Patrimonio Cultural de Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez, Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

POPPER, Karl R.

2002 (1959) *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Routledge.

RENFREW, Colin y Paul BAHN

2004 *Archaeology: Theories, Methods, and Practice*, Nueva York, Thames and Hudson, 4ª edición.

SAHLINS, Marshall D.

1999 "Two or Three Things That I Know about Culture", *Journal of the Royal Anthropological Institute* 5: 399-421.

SANTAMARINA CAMPOS, Beatriz

2006 "Reseña de *El Leviatán arqueológico: Antropología de una tradición científica en México*", *Social Anthropology* 14(2): 292-294.

SCHIFFER, Michael B.

1988 "The Structure of Archaeological Theory", *American Antiquity* 53(3): 461-485.

SHANKS, Michael y Christopher Y. TILLEY

1991 *Social Theory and Archaeology*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

SMITH, Michael E.

2011a "Why Anthropology is too Narrow an Intellectual Context for Archaeology", *Anthropologies* 3, documento electrónico consultado el 11 de junio de 2013 (<http://www.anthropologiesproject.org/2011/05/why-anthropology-is-too-narrow.html>).

- 2011b *American Anthropologist Implies that Archaeology is not Part of Anthropology*, documento electrónico consultado el 11 de junio de 2013 (<http://publishing-archaeology.blogspot.mx/2011/01/american-anthropologist-implies-that.html>).
- 2011c “Is Archaeology a Social Science?” Documento electrónico consultado el 23 de agosto de 2013 (<http://publishing-archaeology.blogspot.mx/2011/02/is-archaeology-social-science.html>).
- 2010 “Archaeology is Archaeology”, *Anthropology News* 51(1): 35.
- SMITH, Michael E., Gary M. FEINMAN, Robert D. DRENNAN, Timothy EARLE e Ian MORRIS
- 2012 “Archaeology as a Social Science”, *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109(20): 7617-7621.
- SOKOL, Alan, y Jean BRICMONT
- 1999 *Fashionable Nonsense: Postmodern Intellectuals' Abuse of Science*, Nueva York, Picador.
- TRIGGER, Bruce
- 1990 *A History of Archaeological Thought*, Cambridge, Cambridge University Press.
- VÁZQUEZ LEÓN, Luis
- 1996 *El Leviatán arqueológico: Antropología de una tradición científica en México*, Leiden, CNWS.
- WALLERSTEIN, Immanuel
- 2003 “Anthropology, Sociology, and Other Dubious Disciplines”, *Current Anthropology* 44(4): 453-465.
- WATSON, Patty Jo
- 1995 “Archaeology, Anthropology, and the Culture Concept”, *American Anthropologist* 97(4): 683-694.
- WISEMAN, James
- 2002 “Point: Archaeology as an Academic Discipline”, *The SAA Archaeological Record* 2(3): 8-10.
- 2001 “Declaration of Independence”, *Archaeology* 54(4): 10-12.